



IRIS

NUM. 84

BARCELONA, 15 DICIEMBRE 1900

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

GRAN TEATRO DEL LICEO

Gratos recuerdos habrá de dejar la actual temporada de nuestro Gran Teatro tanto por la importancia y novedad de las obras puestas en escena como por la excelente ejecución que les habrá cabido.

Continuando en nuestra tarea de información damos hoy los retratos de tres notables artistas: Matilde de Lerma, Grani y Garbin.

La distinguida cantante española, tan estimada de nuestros públicos, ha cantado *Aida* con tal emoción dramática y desplegado con tanta brillantez las extraordinarias dotes de su voz que desde ahora cantará entre las tiples que mejor han interpretado la creación verdiana.

El tenor Grani ha podido salir airoso del abrumador papel de *Sigfredo* en la sublime ópera de Wagner, que es para poner á prueba la resistencia del más robusto cantante, y, por fin, el tenor Garbin, que tantas simpatías cuenta



MATILDE DE LERMA



SR. GARBIN

ánimo que las reputaciones usurpadas. Aparte de esto, no hay que quejarse de la actual empresa; por demasiado tiempo permanencia ya estallido el repertorio del Gran Teatro, pero desde hace algún tiempo sería injusto negar que se hace lo posible por dar á conocer las obras más modernas. El año pasado se pusieron en escena *La Walkiria* y *Tristan é Isolda* y esta vez el *Sigfredo*, lo cual basta para demostrar que no queda Barcelona muy por debajo de las primeras capitales de Europa. Además se han dado á conocer algunas obras de las modernas escuelas francesa é italiana, y han casi desaparecido del repertorio los rossignols que hacían las delicias de los dilettanti.

en Barcelona, habrá sin duda, de ver renovadas las ovaciones alcanzadas en *La Bohemia* cuando desempeñe la importante parte que estará á su cargo en la nueva ópera *Iris*, próxima á estrenarse.

Nuestro público goza fama de inteligente en materia de música, pero al mismo tiempo ha alcanzado, con mayor ó menor justicia, reputación de severo y exigente, de manera que cuando un cantante sale incólume de toda manifestación de desagrado puede alabarse de valer realmente mucho.

El público del Liceo, en efecto, ha formado algunas brillantes reputaciones, pero también «ha quitado muchos moños».

Nada más grato que lo primero, y, sin embargo, quizá sea más de agradecer lo segundo, pues no hay cosa que más subleve el



SR. GRANI

EL TALISMAN DE UNA MADRE

I



Doña Paula había quedado viuda en la flor de su edad. Casada con un empleado de poco sueldo, pero á quien amaba entrañablemente, los ocho años que duró su matrimonio fué la más feliz de las espasas. Haciendo que una peseta pareciera un duro, sabía la pobre mujer subvenir á todos los gastos de la casa, que no eran pocos, pues había varios hijos. Resignada en las adversidades, amantísima de su familia, celosa guardiana y directora del hogar, si en aquella modesta morada residía la pobreza, en cambio nunca había entrado la desgracia, y menos aun la turbulenta discordia.

Pero de pronto, cuando menos se esperaba, cuando empezaba á vislumbrarse un porvenir más risueño para aquella familia ejemplar, pues había ascendido el esposo un grado más en su destino, la fatalidad,— preciso es darle este nombre,—descargó un golpe tremendo. El marido de doña Paula cayó enfermo mortal de pulmonía, y en tres días pasó aquella casa desde la más dulce y tranquila ventura hasta el infortunio más espantoso.

—¿Qué vá á ser de nosotros?—exclamaba la desdichada viuda viéndose sin recursos y con cuatro hijos pequeños.

Pero pasados los primeros momentos de aturdimiento y desesperación, sacó doña Paula fuerzas de flaqueza y se consagró bravamente al trabajo. Aceptó todo aquello que la producía un pedazo de pan. Por las mañanas iba de asistente á casa de un solterón viejo donde ganaba tres duros mensuales, amen del desayuno y el almuerzo diarios. Por las tardes asistía á una familia, donde se agenciaba también algunos recursos. Y por las noches muchas veces hasta horas avanzadas, trabajaba con la aguja cosiendo prendas para una tienda.

Y con todo esto la chiquillería, que quedaba al cuidado de vecinas compasivas durante las forzadas ausencias de su madre, iba saliendo adelante.

Así es que, cuando le preguntaban á doña Paula por su situación, contestaba con cierta ironía melancólica, no exenta de secreto orgullo:

—Con la ayuda de Dios vamos viviendo.

Y tenía razón. Porque indudablemente había algo de providencial en la admirable manera con que la heroica viuda cumplía con su espinoso destino. Ella misma, sin ser supersticiosa, sino fervorosa creyente, no dejaba de atribuir la feliz suerte que, en medio de su desgracia, la favorecía, á un objeto sagrado, que llevaba siempre consigo, colgado del cuello, tocando con su pecho, y que había heredado de sus antepasados. Este objeto era un relicario de metal, adornado de brillantes de ningún valor, donde se guardaba un precioso resto de una santa mártir. Doña Paula había leído la edificante vida de esta valerosa mujer que arrastró la muerte entre fieras en los primeros siglos cristianos, por profesar la fe verdadera. La pobre viuda se confortaba con tan magnífico ejemplo, y en medio de sus atribulaciones solía decir para sus adentros:

—¡Más padeció aquella mártir!

II

Pero la humana naturaleza es de barro, y por ende, frágil y deleznable y flaca. Sin un patente milagro no hay cuerpo de carne y hueso que resista á un esfuerzo inmenso y continuado. Durante mucho tiempo la salud de D.^a Paula fué debilitándose, y, en su consecuencia, tuvo que reducir forzosamente sus trabajos, y con ellos, sus ganancias.

Poco á poco vió mermados sus ingresos, y la estrechez empezó á hacer sentir su férrea mano en los seres que constituían su familia. Redobló sus impulsos, pero toda tentativa fué inútil.

Declarósele una tisis irremediable, cuyos progresos caminaban á rápido paso.



—¡Cúmplase tu soberana voluntad, Dios mío,—decía resignada.

Era la única frase que salía de sus labios. La pobre no se hacía ilusiones respecto al próximo funesto desenlace de su vida.

Y como si no fueran bastantes sus propios males para acabar con aquel corazón entero, tuvo el dolor de ver morir sucesivamente á tres de sus cuatro hijos, víctimas de la anemia. Mucho sintió estas muertes; en cada una de ellas creyó que se le iba á arrancar el alma. Pero hay existencias tan horribles, tan amargas, tan desesperadas, que calmados al fin los punzantes tormentos que aquellas tres pérdidas produjeran en la vida, casi sintió ésta un consuelo viendo á tres pedazos de sus entrañas ya libres de las amarguras de la vida.

La esperanza de encontrarlos en otro mundo mejor, endulzaba la idea del triste fin que en la tierra le esperaba.

—¡Ya pronto los veré en el cielo!—decía.

Esta idea, con ser tan dulce, era amargada por otra que también le preocupaba. La de dejar en el mundo, huérfana y sin amparo, á otra prendano menos querida: á su hija Margarita, preciosa niña de quince años. Cuando la madre pensaba en el porvenir de aquella desdichada, sola y pobre en la tierra, sufría un tormento horrible.

Sólo una consideración la tranquilizaba. Margarita á pesar de sus inexpertos años, tenía la formalidad de una mujer ya hecha, aveyada á los acerbos sinsabores del infortunio. Más era hermosa, joven, sencilla, y la madre temblaba por su inocencia.

—¿Qué será de Margarita?—se decía Paula, sino una simple corde-

rilla extraviada entre lobos?—Pero ¡qué remedio! Paula al morir no podía llevarse consigo á su hija. Y la muerte de la viuda avanzaba, avanzaba cada vez, inexorable, ansiosa de su presa... Al fin llegó, entró en aquella humilde y afligida casa, se sentó á la cabecera del lecho de Paula.

Cuando ésta sintió que había sonado su última hora, llamó á su lado á Margarita y le habló en estos términos:

—¡Voy á morir, hija mía! Te dejo sola en el mundo; pero tengo confianza en tus virtudes. Sigue siendo tan buena como hasta aquí.

«No olvides mi ejemplo. He vivido para vosotros. Aunque he tenido que recorrer una senda de espinas nunca me he apartado del camino del bien. Se fuerte, más si alguna vez experimentas flaqueza, toma este relicario, que he llevado sobre mi pecho y que me ha defendido de no pocas tentaciones. Es un talismán precioso que me dejó mi buena madre y que yo al morir te lego á ti. Es la única herencia que te dejo. No lo abandones jamás... ¿me lo juras?»

—Te lo juro, madre mía,—respondió Margarita anegada en lágrimas y besando apasionadamente á su moribunda madre.

Esta exhalaba su postrer suspiro momentos después en medio de una sonrisa de beatitud inefable.



Algunos días después de la muerte de su madre, Margarita entró en un taller de modista. Desde aquel momento la vida de la pobre joven fué una odisea. Por su aplicación al trabajo pronto supo captarse las simpatías de su maestra, que vivió en ella una excelente oficiala, pero a los pocos meses, contra su voluntad, la buena señora no pudo menos de despedirla. ¿Por qué causa? Por celos. No sin pena, notó que Margarita había hecho una impresión poderosa en el alma de su marido. Es cierto que la joven no daba oídos a aquel hombre ligado a una mujer. Pero no sin razón decía la buena de la maestra:

—Quien quita la ocasión, quita el peligro.

De nuevo se encontró la pobre huérfana en la calle, y sin otra perspectiva que la negra miseria. Pero tuvo energía y se puso a buscar trabajo. Recorrió algunos obradores de modistas pero en ninguno la admitían.

—¡Qué desgraciada soy!—decía

Y se echaba a llorar.

Sin pan, sin domicilio, sin recursos de ninguna especie, hubiera rodado de aquí para allá, destilada y miserable, si una vecina ya vieja, no la hubiera recogido en su casa dándole el necesario sustento.

Creyó, al pronto, Margarita que aquella caridad era desinteresada; más a los pocos días comprendió que aquella mujer la destinaba a fines perversos. Huyó, pues, de aquel maldito asilo, en que su honra peligraba, y de nuevo se encontró en lecha con el infortunio. Pasó un día de hambre, pasó una noche sin techo bajo el que guarecerse. Y al siguiente la desesperación se apoderó de su espíritu ya tan atribulado. Buscó trabajo de nuevo; más una fatal repulsión, encontraba en todos los talleres.

—¿Qué habré yo hecho?—se preguntaba con angustia.

Ella no lo sabía. Ignoraba que la calumnia, nacida del despecho, había ido ante sus pasos, cerrándole todas las puertas. El marido desdenado había hecho correr la voz que la pobre muchacha había sido expulsada de su casa por ladrona. De aquí que no se la recibiera en ningún lado.

Al fin perdió la infeliz niña fuerzas, y para recobrar ánimo entró en un templo. Arrodillóse ante la imagen de una Virgen de los Desamparados y estuvo largo rato en oración.

—Virgen mía, madre de los desvalidos, favorecedme,—decía oprimiéndose fervorosamente el pecho.

De pronto puso su mano sobre el relicario, recuerdo de su madre, que llevaba siempre colgado sobre el seno y un pensamiento de esperanza salvadora cruzó por su mente.

—¡Si valiera algo,—se dijo,—lo empeñaría, ya que por el juramento prestado, no puedo desprenderme de un modo absoluto de él!

Y animada de tan risueña idea se fué en busca de un joyero. Este que era un hombre de conciencia, miró detenidamente la alhaja, y con grande asombro de la huérfana le declaró que allí había un tesoro. En efecto, las piedras que creía falsas, eran magníficas brillantes. Su infeliz madre, criada en la pobreza, nunca les había dado valor alguno, y murió en la miseria poseyendo un respetable capital.

Entonces la pobre niña, sin desprenderse del relicario, mandó sustituir las piedras preciosas por otras falsas, y con el importe de aquellas, vivió feliz y dichosa, bendiciendo a la Virgen que la había librado de la deshonra, por medio del talismán, que al morir, le legara su santa madre.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

LA MUERTE DEL JUSTO

(CUENTO)

En el lecho del dolor agonizaba un gitano, tendido a su alrededor á la derecha, el doctor, á la izquierda un escribano.

Un fraile que le auxiliaba fervoroso y elocuente, mientras la cruz le mostraba con sus frases le exhortaba á morir cristianamente

—Ya,—le decía,—estás listo; ya tienes mis bendiciones; en llamarte justo insisto porque mueres como Cristo...

—Sí, padre, entre dos ladrones.

LUIS DEL ARCO



El disastrosado (Acuarela de J.M.W. Turner)

El autor, individuo de la Real Academia de Pintura de Londres, ha representado de la manera más dramática el supremo trance de la proximidad de la muerte, confirmando la reputación de la originalidad y elevación de sus puntos de vista en materia de arte.

LECCION DE HISTORIA



Narrando está el profesor
en su cátedra de historia,
de un pueblo ilustre la gloria,
la nobleza y el valor.

Tiene en su docia asamblea
por fervorosos oyentes,
jóvenes en cuyas frentes
brilla la luz de la idea.

—Este pueblo ha sido el pismo
por sus épicas hazañas,—
dice el sabio, en sus entrañas
palpitando entusiasmo.

Es pobre, pero es altivo;
es áspero, más es bueno;
y, su pecho, al mal ajeno,
se abre siempre compasivo.

De él dicen pueblos extraños
que la merced le devora;
más, él hace en una hora
lo que otros hacen en años.

De sus bélicas maneras
constante ejerce su arrojo,
y como fiesta y antojo
lucha en circo con las fieras.

Cuando el dolor le desgarró,
no se acordaba llorando,
calma sus penas cantando
al compás de su guitarra.

Tiene un cielo azul, profundo;
entre sus flores, la rosa,
y la mujer más hermosa
que pasea por el mundo.

Pocas veces fué vencido
en el azar de la guerra,
y docuiera, por la tierra,
dejo su nombre esculpido.

Jamás soportó tiranos,
siempre amó la libertad,
y en bien de la humanidad
tomó la espada en sus manos.

No comee la codicia:
cuando no tiene qué dar,
va su sangre á derramar
en aras de la justicia.

Llevado de su alma inquieta,
soñando siempre en la altura,
tras una y otra aventura,
hizo más grande el planeta.

Más, cuando estaba dormido,
de tanta gloria cansado,
vino un criminal taimado
y le dejó mal herido.

Le robó joyas lucientes
que él ganó en honrosas lides,
siendo sus soldados, Cides,
tan nobles como valientes.

En vano, por su calvario,
dió á ver su sacro derecho;
la amargura hinchó su pecho,
al verse tan solitario.

Pero, ya en sus aflicciones,
siente, detrás de los mares,
el amor de los hogares
de otras hermanas naciones.

¿Se alzará el que está abatido?
¿Serán grandes los pequeños?—
Calló el doctor, y entre sueños
quedó un rato suspendido.

—¿Sabéis la nación extraña
de que os hablo?—prosiguió.
Y la juventud gritó
en un coro:—¡Viva España!—

José DE SILES



MOVIMIENTO ARTÍSTICO

El *Ataque de los lobos de mar* es una interpretación profundamente poética de aquellos terribles asaltos que los normandos daban á las costas de Europa, sin exceptuar la de España, dejando de su paso un rastro de sangre y devastación. El autor ha prestado á la imaginada escena todo el carácter terrorífico de aquellos feroces *raids*: el robo, el saqueo, el incendio, el rapto, la matanza aparecen expresados con claro simbolismo, que no excluye la realidad dramática ni la exactitud histórica. Es de alabar sobre todo que Matthew Hale haya tenido presente que se trataba de reproducir una escena desgraciadamente cierta



ATAQUE DE LOS LOBOS DE MAR (Cuadro de M. Hale)

y no de lucirse haciendo un estudio de desnudos. Poco importa, en efecto, que los haya ó deje de haber; lo que impresiona es la acción, el horror de ese ataque de los piratas, la sangrienta lucha entre los lobos de mar y sus desdichadas víctimas. El cuadro de *Sanson y Dalila* que reproducimos es de autor desconocido, más no por eso deja de ser una obra digna de la mayor estimación. Créese que debió de ser pintado durante la primera mitad del presente siglo, y se distingue por la riqueza del color.

Sanson y Dalila es, quizá, entre todas las narraciones bíblicas, la que mayor número de veces ha inspirado á artistas, poetas y músicos, ya desde muy remotos siglos.

Encierra, en efecto, dentro de su carácter histórico, un profundo simbolismo, más humano aun que el mito de Hércules á los pies de Omfala. *Sanson y Dalila* son dos figuras inmortales, dos *arquetipos*, importando poco que se les represente bajo una ó otra forma transitoria.

El autor del cuadro de que hablamos ha tratado la escena según la fórmula neoclásica: Octavio Feuillet la llevó al teatro trasladándola á nuestros días, Alfredo de Vigny la tradujo en poema para exhalar su cólera (*La cólera de Sanson*) contra la endiablada Mme. Dorval (*Dalila*); Saint-Saëns se inspiró en ella para hacer su obra maestra, pero bajo todos esos aspectos, cuadro, escultura, poema, comedia, ópera subsisten siempre al forzado Juez de Israel y la malvada cortesana filisteo.

El drama es eterno, y desgraciadamente de todos los días, con la circunstancia agravante de que los Sansones contemporáneos no son capaces de despeñar á ningún león mientras las Dalilas contemporáneas le dan quince y raya á la de Gaza.

JULIO L. CARRIÓN



SANSON Y DALILA



Ahora es la mujer de moda: ha destrozado muchas familias, ha hecho derramar muchas lágrimas. Si se le recrimina su conducta responde con un gesto de profundo desprecio: ¡Qué importa! Mientras en su imaginación se reproduce con todos sus detalles la escena de aquella noche. Y es que desde entonces aborrece los términos medios.

¿Dentro ó fuera! ¿Fuera ó dentro!

RICARDO PLA

Son las tres de la madrugada. Dentro, en el café, animación, bulla, alegría. La atmósfera densa y tibia, cargada por el humo de cien cigarros que arden á la vez; los caloríferos encendidos; la mujer brindando voluptuosos placeres; las botellas de exquisito rioja vacías; la panza llena.

Fuera, en la calle oscuridad, hambre, nieve. La temblona luz de los faroles ilumina débilmente el grupo de mujercuelas y cocheros que envueltos en mantones y bufandas, esperan la salida de los privilegiados trasnochadores, desafiando el viento y la nieve, luchando heroicamente contra el destino, pero alegres, siempre contentos, riendo siempre.

El chiste lascivo y soez anima aquel grupo en que la botella del triple pasa constantemente de boca en boca. —El aguardiente es el abrigo del pobre,—grita un auriga casi borracho, y de un trago vacía la botella.

—Borrachos, que *tas bebío* mi mantón!—dice arrojándose sobre él una mujercuela de ojos negros y fuertes caderas.

Forcejean breves instantes hasta que caen en el interior del coche el uno sobre el otro. La aventura se celebra con grandes carcajadas. Todos ríen. Hace mucho frío.

En el espacio que media entre la encristalada puerta, y los pesados cortinones de rojo terciopelo que impiden la entrada al viento en el café, una muchacha de diez y siete años duerme arrebujada en un trozo de mantón raído y sucio; á sus pies hay varios periódicos del día olvidosamente doblados. Allí está, á igual distancia de los que gozan dentro, que de los que ríen fuera, extraña á todos, indiferente, honrada.

Ramón, el camarero colerodote y patilludo, la ve al pasar, y dándole con el pie la dice:

—Rapaza, este no es sitio *pá* dormir.

—No tengo otro. En la calle hace mucho frío.

—¿No están otras?

—A mí me persiguen los cocheros.

—Y á ellas también, ¡qué gracia!

—Yo soy honrada.

—¿Honrada? Ya estás pitando, dentro ó fuera.

—Fuera me helaría.

—Vamos...

—Por Dios...

—Dentro ó fuera,—y cogiéndola por un brazo se disponía á ponerla en la calle.

Entonces roja por la cólera:

—No voy fuera, no,—grita desprendiéndose del brazo de Ramón,—voy dentro, sí, dentro, ya estoy harta,—y penetra en el café erguida, repartiendo sonrisas, despertando apetitos, prometiendo delicias, dispuesta á todo.

¡OH, LOS AMIGOS!



1. «Querido Luis: estoy en un gran compromiso. Envíame mil pesetas hoy mismo. Tuya siempre, Luisa.»



2. —Amigo Arturo, vas á hacerme un favor.
—Lo que quieras.
—Ir á casa de Luisa, entregarle mil pesetas y decirle que hemos terminado, que me olvide, porque no puedo soportar su carga.



3. ¡Mil pesetas y que le olvide! ¡Habrá primor!



4. —Pero es cierto lo que me dice?
—Ciertísimo, hermosa Luisa.
—Me abandonas Luis en este trance apuradísimo.
—Completamente; pero ¿para que estamos los amigos? Mi cartera está á su disposición.



No penséis que voy á hablar de las llamas de un incendio, ni de la lava que arroja hondo volcán de su seno, ni del fuego del amor, aunque su poder inmenso quema, conmueve, y renueva sin cesar el mundo entero. Es mi propósito hoy muchísimo más modesto. Voy á tratar solamente con caritativo intento de la chispa moribunda, que dura muy breve tiempo, de la punta del cigarro que la arroja por el suelo el fumador imprudente sin tener en cuenta el riesgo. Porque donde cae una chispa pronto puede haber gran fuego. La chispa es como la idea; si se lanza un pensamiento poco sano, desde el libro, tribuna, ó prensa, y cae de esos desequilibrados seres en los oscuros cerebros, trae sensibles consecuencias lleva á terribles extremos. Dirán que es tratar en grande un asunto muy pequeño; pero tengo dos razones poderosas para ello. La primera es, que por chico nada merece desprecio. Invisible es un microbio, y hace víctimas sin cuento; aunque humilde un enemigo causa dolores acerbos, y en fin, de átomos tan solo se compone el universo. Según nos cuentan los sabios, porque yo de nada entiendo. Es la segunda razón, y la que me hace hablar de esto el haber yo padecido

en mi traje desperfectos que no fueron por milagro extensivos á mi cuerpo por esa fatal costumbre que yo censuro, y reprobó de arrojar cigarro, ó fósforo sin apagarlo primero. Sobre mí desde un balcón cayó y por eso me quejó colilla, ó punta encendida, que si no me quemó el pelo, abrasó pronto las puntas de las plumas del sombrero. Y otra tarde fué peor, ¡aun con horror lo recuerdo! Olí á quemado al pasar delante de un Ministerio; no me extrañó que estar deben muy quemados por dentro; mas si me asombró un calor grande en mi brazo derecho. ¡Mi manga era la que ardía! Gracias que se apagó presto, sino como una señora hace unos años perezco. Aquella infeliz llevaba de un tejido muy ligero el vestido, y se vió envuelta en llamas en un momento. Debía imponerse una multa al que arroja de sí lejos punta, y fósforo encendidos ó negligente, ó soberbio. Más para que así se haga influencia yo no tengo. Por eso de esta manera á los fumadores ruego no vayan echando chispas porque pueden sin saberlo llegar á ser asesinos, y en hogueras, tristes émulos de la Inquisición, quemar á un pobre ser indefenso, que no cometió más culpa que haber salido á paseo.

PASTORA ECHEGARAY

EN LA ACERA



Acera del café Inglés,
en la calle de Sevilla, al
atardecer de un caluroso
día del mes de julio. Co-
rrillos de toreros y có-
micos. Transeúntes de distintos pelajes. Se oye continuo

ruido de coches.

Personajes: LUCÍA PEINADO, actriz cómica lírica; representa 25 años, pero tiene más. Viste falda negra, blusilla clara, con puños y cuello muy tiesos y estucados, chalina granate, zapatos de lona y sombrero redondo, de paja de Italia, con cinta blanca.

FLORENTINO AGUJA, cronista de teatros y revistero de toros, ó viceversa. Edad indefinida. Su atavío es: pantalón blanco, sujeto con cinturón de cuero, camisa de color, americana de alpaca negra, botas amarillas y sombrero flexible, color ceniza, con cinta de piel de cabrito.

Lucía se ha detenido ante una de las vidrieras del Inglés. Con el antebrazo sujeta una sombrilla de largo mástil y puño de nácar, mientras abrocha la pulsera que lleva en la muñeca de la mano izquierda. Florentino se separa de un grupo de novilleros y se dirige á la tripe.

FLORENTINO. — Buenas tardes, pimpollo.

LUCÍA. — ¡Hola, Pinchazos! (Deja la pulsera abrochada y le tiende la mano, que el crítico retiene entre las suyas). ¡Cuánto tiempo sin verte!

F. — Es natural. Pasa usted la vida en provincias, y yo no me muevo de Madrid: siempre en mi farmacia.

L. — Sí; calle de Sevilla, frente á la Equitativa. Pues yo llevo aquí cerca de dos meses, desde que terminamos la campaña del Norte.

F. — Habla usted como un veterano de la última guerra civil.

L. — ¡Ya me entiende usted. guasa viva! (Con tristeza). Este año me toca veranear al revés; he venido cuando se va la gente.

F. — ¿Ann se podrá arreglar algún negocio... Ahora es época de ferias.

L. — ¡Que se yo! (Volviendo á tomar el tono jovial). Cuando usted llegó estaba yo flechando al señor ese gordo (indicando con los ojos al interior del café), á ese que toma limón con paja. Debe de ser un empresario manchego, ó yo no entiendo de pintas. Lo de la pulsera ha sido un pretexto para detenerme.

F. — No la creo. Tiene usted demasiado mérito para dedicarse á la caza de caballos blancos con lazo.

L. — Es verdad. ¡Todavía hay clases! Prefiero estar parada la mitad del año á tener que hacer la ca-

rrera... de tiple como otras. Ahí tiene usted á la Zapatero, que todos saben como ha conseguido contratarse y los empeños que ha tenido que emplear con la empresa.

F.—¿Por qué no la anuncian como tiple procedente de empeños?

L.—¡No haga usted chistes, por Dios!

F.—Todo lo malo se pega, y á fuerza de andar por esos teatros, acaba uno por pecar.

L.—Nada, que el día menos pensado se presenta usted con su pieza debajo del brazo.

F.—Nada tendría de particular... Pero me reservo paro cuando trabaje usted en la corte.

L.—Creo que va para largo. Los dos ó tres teatros seguros que hay en Madrid, varían poco de personal y para dar un sueldo decente, exigen que una sea una Lucrecia.

F.—No estamos conformes. Ningún empresario piensa en contratar virtudes romanas.

L.—Pero ¿qué dice usted?

F.—Nada; extrañarme de que busque usted modelos en la antigüedad.

L.—¡Bueno! Eso debe de ser un chiste que necesita explicación. Decía, que como á los músicos les ha dado por escribir por todo la alto para el género chico, se necesitan las facultades de la Arana ó de la Pretel para contratarse en buenas condiciones. Cuando yo empezaba el teatro, con un poco de gracia, unas formas regulares y alguna picardía en los tangos y pólcas, se llevaba una de calle al público.

F.—(Con cierto énfasis). Ha evolucionado el gusto.

L.—No lo crea usted; lo de entonces le gustará siempre al público; lo que pasa es que no se lo dan.

F.—Usted sería más caritativa, ¿verdad?

L.—Hombre, no se con que intención lo dice usted. Ya sabe usted que á mi nadie tiene nada que echarme en cara.

F.—Algunas le echarían á usted vitriolo.

L.—¿Por qué?

F.—Por envidia de esa cara de ángel travieso y de esos ojos que marean más que el Tío Vivo.

L.—(Torciendo un poco la cabeza y mirando á su interlocutor con los ojos entornados). ¿De veras le parezco á usted bonita?

F.—¡Ca, si es una calumnia! Lo que me parece es que va usted á entrar ahora mismo en el café para que yo tenga el gusto de convidarla.

L.—Muchas gracias, Pinchazos; no quiero entretenerle más.

F.—Es que tengo que decirle á usted muchas cosas que se encierran en dos como los mandamientos: la primera que la amo á usted sobre todas las mujeres.

L.—¡Qué atrocidad!

F.—Y la segunda que me voy á encargarme de que la contraten á usted para la temporada de invierno en Madrid.

L.—Ya se que puede usted hacer algo.

F.—¿Algo? Y un poquito más de lo que usted piensa.

L.—(Con picardía). ¡Siempre se exagera!

F.—(Comiéndosela con los ojos). Ahora mismo... (Pausa y transición). ¿Vamos á dentro?

L.—Por hacerle á usted un favor. Le conviene mucho refrescar.

(Entran en el café)



NICOLÁS DE LEYVA

CANTARES

Las lágrimas de tus ojos
resbalan hasta tu boca
como perlas de rocío
cayendo sobre una rosa.

Ves las estrellas del cielo,
no hay ninguno que las cuente.
¡Mas besos me dió mi madre
á la horita de su muerte!

Porque me viste llorando
me tienes cariño inmenso.
¡Benditas sean las lágrimas
que abren las puertas del cielo!

LUIS DEL ARCO

PEPITORIA

FERROCARRILERÍAS

Las locomotoras de las vías férreas de Rumania emplean corrientemente para el calentamiento de sus hogares una mezcla de lignito y de petróleo, por medio de un aparato *ad hoc*. De esta suerte se han consumido el pasado año 15.300 toneladas de combustible líquido, siendo así que el consumo de lignito alcanzaba 67.000 toneladas.

Lo decimos, por si nuestros ferrocarrileros quieren aprovecharse de la noticia, si es que no lo sabían.

¡ESOS FRANCESES!

Durante el pasado año no hubo en Francia más que 817,627 nacimientos, siendo así que el término medio del decenio arroja la cifra de 867.372. Alemania tuvo en 1898 la cifra de 1.964,731 nacimientos. Desde hace trece años la natalidad es doble que en Francia, y por lo tanto, si las cosas continúan como ahora, en 1906 tendrá doble número de jóvenes de 20 años que no Francia. Hay que advertir que en 1871, después de la guerra, el número, de jóvenes de veinte años era igual.

Los divorcios no han sido más que 7119!

Me arrodillé ante su tumba
y en vez de rezar lloré.
¡Ay! cuantas veces las lágrimas
son oraciones también.

RAFAEL FERNÁNDEZ

CONTRA EL HIPO

Se han preconizado muchos remedios contra el hipo, pero resulta que a unos les aprovechan y a otros no. Parece que *lo infalible* son las tracciones rítmicas de la lengua.

Con el título de *Telas do Minho* (Cuadros del Miño) ha publicado el inspirado poeta portugués Abilio Maya una magnífica colección de poesías inspiradas en la naturaleza, costumbres y recuerdos de la región miñota. El ilustre publicista brasileño Olavo Bilac ha escrito un breve prólogo en que aprecia de la manera más exacta é imparcial el carácter de dichas poesías: «Los versos de Abilio Maya», dice, «podrían tener una factura más sabia, un arte más depurado, mejor escuela de vocablos, pero se salvan y son leídos con emoción porque tienen un raro perfume de sinceridad. Son versos de

quien comprende y ama la Naturaleza».

Aparte de la belleza de las composiciones, recomiéndase el libro por las elegantes ilustraciones de Concepción Silva y la nitidez de la impresión y el tiraje, que honran a la imprenta lisboense de Libanio da Silva.

—En francés, tomillo es *thym*

—¡Ay! —¿Qué tiene usted, Paquito?

—¡El callo! ¡El callo maldito!

—Emplee el LADIVONSIM.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

El número de entradas durante los 210 días que ha durado la *Gran Feria del Mundo* asciende a 51 millones. El término medio ha sido de 240.000 entradas por día.

Ha habido muchos parisienses que no han ido a la Exposición, como hay muchos que jamás han cruzado ningún puente para trasladarse de una a otra orilla; no han sido pocos también los que solo han estado una vez. Los viernes y sábados la concurrencia era muy escasa. El día de menor entrada fué el 8 de mayo, 75.500; los domingos había una afluencia incomparablemente superior a los demás días de la semana. El día de más afluencia fué el 11 de noviembre (gratis): 589.448.

De los 63 millones de tickets emitidos solo se han utilizado 51 millones. Ha habido muchas quebras de empresarios particulares.

LA ESPAÑA CLÁSICA

En la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid hay, por la reforma alfixiana, veintiocho catedráticos, y aun faltan cinco si se proveen todas las cátedras; total, 33.

El número de alumnos matriculados es de 28.

En la sección de Filosofía hay cuatro catedráticos y un solo alumno, matriculado en Metafísica, de manera que hay un catedrático con un alumno y tres sin ninguno.

La cosa se deja muy atrás al rebaño de Doña Mónica, que, como es sabido, constaba de ocho pastores, cuatro perros y dos ovejas.

MAXIMAS

DE UN VALIENTE

Lo mismo se llega al fin atacando de frente que por la espalda. No debe dejarse ningún flanco descubierto.

El que desea obtener algo, pide mucho; y si se le da, pide más; y si más se le concede, lo quiere todo.

El valiente, vale; pero vale más si está siempre preparado.

Los hábiles, cuando no pueden asaltar, minan.

Si no sabemos aprovecharnos de la victoria, el contrario sacará partido de la derrota. Vencer es algo, pero no lo es todo.

¡Ay del que se daerma sobre sus laureles!

CHARADA

El que *primera sin prisa*, puede llegar con retardo: *primera y tercera* fué nombre de un desdichado romano: *segunda y tercera* es un pueblo que en España he visitado: y el *todo*, frecuentemente lo encontrarás en el campo.

FRASE HECHA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior.
Charada.—Pepe.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. J.—Barcelona.—Pero ¿qué me escribo los cuentos por gruesos, o qué? Llevo recibidos ya lo menos 565, y todo lo mismo, es decir, impublibles... Una tregua, por Dios!

F. M. L.—Madrid.—No, señor; no se trata de inferirle a usted desaire alguno; es que tenemos originales para un quinquenio.

Larrazo.—El asunto en que está inspirado el soneto interesa poco a la generalidad.

P. R.—Valencia.—Preciosa poesía para leída por su novia, sin que se entere nadie más, a condición de que dicha señorita ignore absolutamente las sacrosantas leyes de la gramática, la retórica, la poética y la lógica.

RESERVA LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. SE INSCRIBEN O NO, NO SE REVOLVIE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN SOLÍSAS. PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Avantamiento de Madrid

Uno
grande
mento,
partido
capilla f
ron á q
la convi
demasia

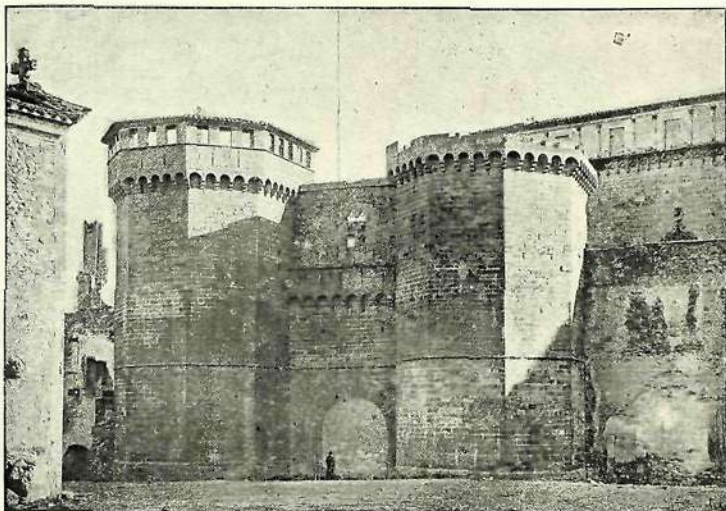


Provinc
desapal
Tarrag
Del
Jorge,
que la f
lagar, e
cuya ci
del mot
1460 á 1
mientos
la ampli
conserv
destroz

Desse
á las m
el úm
de mane
se de n
compete
persona

EL MONASTERIO DE POBLET

Uno de los monumentos, pocos ya, que quedan en España, como restos y recuerdos de nuestras pasadas grandezas, es el monasterio de Poblet, cuyo nombre se ha pronunciado estos días en la Prensa y en el Parlamento, con motivo de la ruina que amenaza. Alzase el monasterio real de Poblet en el término de Vimodí, partido judicial de Montblanch, en extenso y pintoresco valle. El origen de este famoso monasterio fué una capilla fundada por el ermitaño Poblet, que vivió en la primera mitad del siglo XII. Hacia el año 1148 llegaron á aquellos lugares las armas del conde Ramón de Berenguer IV, quien deseando introducir en sus Estados la Orden Cisterciense, pidió al abad de Fuenfría que enviara trece monjes, con los que la modesta capilla se convirtió en Monasterio. Poco á poco fué creciendo en suntuosidad la fábrica de Santa María de Poblet, y con demasiada rapidez vino su ruina, que hubiera sido completa si no se hubiese puesto á cargo de la Comisión



Provincial de Monumentos históricos de Tarragona. Pero los muebles, pinturas, joyas, ropas, etc., todo ha desaparecido; la misma suerte tuvieron las dos bibliotecas, salvo algunos manuscritos que se conservan en Tarragona. El archivo pasó al Nacional de Madrid.

Del monasterio cayeron parte de las bóvedas; pero aun se conservan los muros, la capilla gótica de San Jorge, la puerta en que fueron recibidos los Reyes Católicos, conocida con el nombre de Puerta Dorada desde que la hizo dorar Felipe II; la Puerta Real, entre dos torres; el refectorio, las bibliotecas, el claustro, el lagar, el dormitorio del noviciado, el palacio de D. Martín y la iglesia. Rodea el recinto un muro almenado, cuya circunferencia es de 1,154 varas, y pasado el cual alcanzan las habitaciones de los labradores y criados del monasterio, y otro muro en que se abre una puerta, magnífica en esculturas, fabricada por los años de 1460 á 1498. El edificio más notable de Poblet y el que más bellezas contiene es la iglesia mayor, cuyos cimientos echó el conde D. Ramón Berenguer IV; pero su sucesor D. Alfonso, al encargarse de la prosecución la amplió y mejoró de manera que bien pudiera decirse formó nueva planta. En el monasterio de Poblet se conservan aun magníficos sepulcros de los Reyes y Reinas de Aragón y de Cataluña. Muchos de ellos fueron destruidos en el saqueo é incendio de 1823. Lo que aun queda es admirable y digno de ser estudiado.

ALMANAQUE DE "IRIS"

Deseosos de dar una muestra de nuestro agradecimiento al público que tanto nos favorece con su apoyo y respondiendo á las muchísimas excitaciones recibidas para que publicáramos un ALMANAQUE tenemos el gusto de manifestar que, con el número de fin de año, aparecerá aquí, habiendo hecho por nuestra parte cuanto hemos podido y sabido para presentarlo de manera que responda dignamente, así en la parte material como en las ilustraciones y el texto, á lo que pudiera esperarse de nuestra revista. Nada hemos de decir respecto á sus condiciones artísticas y literarias, pues el público, único juez competente, verá y juzgará, dándonos por suficientemente satisfechos si conseguimos merecer la aprobación de las personas inteligentes y de buen gusto.

Ayuntamiento de Madrid

Las sillas de los paseos

